

hesycastas, y fue divulgada en Occidente por Juan Casiano.

También han despertado nuestro interés los capítulos 7º y 8º. En ellos aparece con claridad que el acceso de los monjes al sacerdocio va a favorecer su influencia o el dominio sobre el episcopado sirio. Este hecho puede explicar, en parte, la gravedad de los conflictos eclesiásticos. La ocupación de sedes episcopales por los monjes es una práctica antigua en Siria. Existe también una modalidad especial, que son los obispos itinerantes, aunque se va imponiendo paulatinamente la estabilidad episcopal de acuerdo con el ordenamiento canónico. Para el autor el «chorepiscopo» representa una dificultad a la hora de buscar una explicación de la misión que desempeña.

Sobre Simeón Estilita el joven se hacen algunas valoraciones, que no parecen deducirse, en buena lógica, de los hechos de su vida. Veamos un caso concreto. Simeón era asediado por los peregrinos, que le pedían poder asistir a una Eucaristía celebrada por él. Lo mismo le sucedía a sus discípulos, que deseaban asistir a una liturgia verdaderamente ortodoxa. Entonces comenta el autor: «Or qui pouvait mieux que Syméon être le garant de l'orthodoxie de la cérémonie! C'est la personnalité du célébrant qui, dans ce cas, permet d'affirmer la validité du sacrement. Là encore le charisme de la sainteté prend le dessus sur le principe de l'objectivité sacramentelle» (p. 274). Esta conclusión resulta algo extrapolada y precisaría una mayor matización, sin necesidad de recurrir a presentar un caso de confrontación sobre la validez de un sacramento, que no ha sido cuestionado en cuanto tal.

En síntesis, se puede decir que esta obra representa una aproximación al conocimiento del monacato sirio durante unos siglos en los que se produce una expansión del mismo, tanto en territorios del Imperio Bizantino, como en los de Persia.

D. Ramos-Lissón

EUSEBIO DE CESAREA. *Historia eclesiástica*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC, 349 y 350) 2 vols., texto, versión española, introducción y notas de A. Velasco-Delgado, 2ª ed., Madrid 1997, 690 pp.

Agotada ya hace años la primera edición de esta excelente obra, saludamos con aplauso esta segunda revisada. El P. Argimiro Velasco nos presenta en el prólogo cuales son los criterios que ha tenido en cuenta en esta última edición: «corregir lo que debía enmendarse, eliminar lo caducado y añadir las novedades, sobre todo bibliográficas, que pusieran al día, en lo posible, la adecuada interpretación del texto, en la línea de lo buscado y —a juzgar por la acogida de la crítica— conseguido en la primera edición» (p. 11*).

Como es bien sabido, la presente obra ha sido estructurada en dos volúmenes, pero con la paginación continuada. En la introducción el P. Velasco hace un perfil biográfico de Eusebio de Cesarea y un estudio pormenorizado de los aspectos formales de la *Historia eclesiástica* eusebiana. Un elenco de abreviaturas y una selecta bibliografía completan la introducción. Al final de la obra se ofrecen al lector unos selectos índices: de citas y alusiones escriturísticas, de nombres propios, de materias, de autores y obras citados o aludidos por Eusebio, de autores citados en las notas, y de palabras griegas.

De las muchas cosas buenas que encontramos en esta edición tal vez se podrían destacar las notas, que son eruditísimas y pertinentes al texto, de modo que ayudan tanto al lector ocasional no especializado, como al conocedor de la ciencia patristica. Un ejemplo de lo que decimos se puede encontrar en la p. 50, nota 171. En el texto eusebiano se reproduce el famoso testimonio de Flavio Josefo sobre Jesús (HE, I, 11, 7-8). El comentario del P. Velasco nos ofrece una buena síntesis de las tres tendencias hermenéuticas de los estudiosos sobre este punto: 1) Que el pasaje íntegro reproducido es auténtico (Burkitt y Harnack [1913]).

2) Que el pasaje íntegro es una interpolación cristiana (Niese [1893], Schürer [1901], Norden [1913], Juste [1914], Meyer [1921], Zeitlin [1917]). 3) Que el pasaje es auténtico en su mayor parte con solo alguna alteración textual (Pelletier [1964], Feldmann [1965], Thackeray [1967], Winter [1968], Dubarle [1973], Wallace-Hadrill 1974], Bammel [1974], Betz [1982], Nodet [1985], Twelvetree [1985], Vermès [1987]).

La traducción castellana de la primera edición mereció, en su momento, elogiosos comentarios de los estudiosos en la materia. Nosotros nos sumamos a esas valoraciones, porque responden a la realidad. Podríamos decir que en el autor de la presente traducción concurren dos cualidades importantes y necesarias para toda buena versión: un buen dominio de las dos lenguas que se utilizan y un buen conocimiento de los contextos literarios de ambos idiomas.

Consideramos, por tanto, un acierto de la BAC la reedición de esta obra fundamental de Eusebio, y le auguramos una gran difusión en todos los ámbitos culturales.

D. Ramos-Lissón

Sabine MACCORMACK, *The Shadows of Poetry: Vergil in the Mind of Augustine*. University of California Press, Berkeley 1998, 258 pp., 15 ilustraciones.

El nombre de Agustín de Hipona impera sobre la tradición cristiana con tal majestad e influencia decisiva de muchos siglos que a veces no deja lugar a pensar en las influencias que otros autores tuvieron sobre él, como, por ejemplo, el gran poeta romano Virgilio. Nunca escribió Agustín sobre Virgilio pero leyó asiduamente sus obras, se dejó influir, naturalmente, por él y lo usó a lo largo de toda su vida de diferentes maneras y por razones distintas.

En este libro, Sabine MacCormack estudia la influencia que tuvo el poeta pagano sobre el escritor cristiano y concluye que no es posible dar una sola respuesta. Como todo lector que persevera con obras clásicas en una lectura y recuerdo continuo, Agustín leyó a Virgilio de manera distinta en su juventud y en su madurez. En la primera, la lectura es más emocional, mira al sentimiento, a la expresión en palabras de grandes pasiones humanas, mientras que más adelante en la vida, la poesía tiene eco en el espacio cristiano de un obispo preocupado por sus responsabilidades en su iglesia y en su comunidad monástica. Aunque no haya una respuesta única a este diálogo entre los dos clásicos escritores, pagano y cristiano, lo más importante es que Agustín vio en Virgilio un autor cuyos valores e ideas se mantenían vivos y con gran fuerza, por mucho que él mismo discrepara. No fue para él una voz en el pasado sino una presencia real. De ahí que en unas ocasiones parezca entablar un diálogo con el poeta y en otras pelearse con él. En sus dos libros más famosos, las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*, la presencia de Virgilio es notoria. En el primero, el viaje de Eneas aparece como un modelo a rechazar, mientras que, en el segundo, Virgilio es el portavoz de la civilización romana por excelencia. Navegando de Cartago a Italia Agustín se vio como otro Eneas, aunque de signo muy distinto. En lugar de buscar una tierra para su pueblo, Agustín cruza las aguas para encontrar al Dios verdadero. En la *Ciudad de Dios*, y de manera semejante, Virgilio no puede ser nada más que una sombra de la ciudad eterna, la construida por el amor de Dios.

Pero hay algo más en esta relación entre dos escritores, porque abundan las citas de Virgilio tanto en los libros como en los sermones y cartas de Agustín. Virgilio era el gran clásico latino, el poeta que formó y retocó el lenguaje, y es lógico que fuera utilizado de esa manera. Sin embargo, no fue para Agustín como escritor cristiano simplemente una fuente de «citas de adorno», ni tampoco de pensa-